

Una particular historia de amor

SE QUIEREN, SE AMAN... ¡SE CASAN!

Ya desde la apariencia, no son una pareja convencional. Se conocieron hace siete meses y quieren formar un hogar. Pero hay razones como para pensar que son una pareja diferente, distinta de lo normal.





Papá, mamá: les presento a mi novio. Nos vamos a casar dentro de tres meses."

La casa de la familia Díaz, ubicada en pleno Centro, pareció vibrar de extraño modo. No sería aventurado decir que, por entonces, papá y mamá —o sea, los señores Díaz— pusieron un rarísimo semblante y hasta una mueca de desesperación, claro diagnóstico de patatús mental o algo por el estilo. No es fácil que una familia —aun en los tiempos que corren— se avenga a la idea de perder del hogar a la nena, que se va a hacer su vida con otro señor. Leyes del destino que le dicen. Pero convengamos que los señores Díaz tenían ciertas razones para sorprenderse como lo hicieron cuando apareció en escena el novio de la nena, un muchacho fornido y grandote, raramente vestido, de aspecto muy singular, que ante la primera pregunta formal de los padres de su novia ("¿y usted de qué trabaja, joven?"), respondió muy orondo: "Mire, yo saco muy buen dinero. Todas las noches soy mujer, porque me gana la vida como travesti..."

La familia de la novia no entiende nada

Si cada casamiento ortodoxo, formal —por llamarlo así— siempre engendra opositores agrios e implacables, fácil es imaginarse la polvareda desatada cuando Bárbara Díaz —cordobesa, de tez morena, 23 años— anunció su noviazgo y enlace con Alfredo Casanova, bailarín, 25 años, quien se gana la vida por las noches dedicándose al transformismo.

—En realidad, nos conocimos en febrero, exactamente el día 15 —recuerda Alfredo, con precisión de novio enamorado—. Yo bailaba en la boîte del Hotel Provincial, en Mar del Plata. Ella estaba de vacaciones. Nos encontramos, empezamos a charlar y después llegó el amor. Eso sí: no le dije a ella que trabajaba como travesti. No, tenía vergüenza. Le dije que era peluquero. No era pudor, era por ella, para que no se me asustara.

—Pero, de todos modos, llegó aquel día en que le dijiste, con todas las letras, "Bárbara, yo soy

EL ES TRAVESTI Y VAN A TENER MUCHOS HIJOS



travesti..." ¿Y qué pasó?

—En principio, se quedó muda la pobre. Después reaccionó.

—A ver, contalo vos, Bárbara...

—Imaginate, yo era una chica tranquila, de su casa, como dice la gente. Siempre estuve cerca de mis padres, trabajo con ellos en una librería céntrica. Por suerte, lo entendí al poco tiempo...

—Pero eso no fue todo. Porque Alfredo, además de travesti, es bisexual ¿Cómo reaccionaste ante semejante confesión?

—Bien, con madurez. Creo que todo aquel que pueda sentir inseguridad ante este punto es una persona insegura...

—Bueno, justamente: alguna mente feminista diría que no es lo mismo que algún día tu esposo te abandone pero por un hombre...

—Bah, no me afecta. Ni aun sabiendo que nos vamos a casar en Uruguay dentro de pocas semanas, porque allí hay divorcio. Queremos disfrutar el momento.

—Ah, sí, Bárbara entiende, pero los que hicieron una catástrofe de esta situación fueron algunos integrantes de la familia de Bárbara. Por suerte, los padres son flexibles: hace cosa de un mes, me vinieron a ver a un cabaret. Mi actuación como travesti les gustó muchísimo. Son muy compinches...

—Pero, Bárbara, tus amigas seguramente chismorrearán de lo lindo...

—Uf, todo lo que dicen... ¿Por qué no te conseguís un hombre de verdad?, me dicen algunas. No saben lo fogoso y lo vivil que es Alfredo...

—Ah, sí, es bueno que lo cuentes, Bárbara... —caricaturiza el tono Alfredo—. Vale la pena aclararlo: soy bisexual porque me gusta probar de todo. Hay hombres que me producen tanto cariño y placer como cualquier mujer. Pero, en este momento, soy de Bárbara y soy respetuoso con ella. Practico el sexo libremente, sin ataduras, pero sólo con ella, y entre las cuatro paredes de un cuarto. Además, ya pensamos en un hijo. Pero no nacerá pronto. Además, quiero que nazca en España, porque es una sociedad menos prejuiciosa.

—Y en el caso de que el chico naciera aquí, ¿cómo le dirías que trabajas de travesti?

—Ah, no se lo diría. Por ahí se lo comunicaría de a poco, mien-



Los dos ya hablaron seriamente del tema

"NO LE TENEMOS MIEDO AL SIDA"

Con una calma naturalidad, Alfredo y Bárbara no eludieron uno de los temas fundamentales y de gran repercusión en los últimos días: el SIDA.

—En realidad, Alfredo sacó la cuestión en tono socarrón ("¿No me preguntan si estoy preocupado por tener la peste rosa?"), aunque después se unió Bárbara en la respuesta, y juntos conformaron una respuesta seria.

—Se ha manipulado demasiado la información y se ha creado pánico —dice Alfredo—. Por supuesto, éste fue un tema recurrente de los últimos días, entre nosotros. Y la dejé bien tranquila a Bárbara: le dije que no tuviera ni el más mínimo miedo porque mi reciente vida íntima no fue promiscua ni mucho menos. Todo esto porque los medios de comunicación dijeron que el período de incubación dura muchísimo tiempo y la enfermedad se propaga casi sin ningún síntoma.

—En realidad, yo no le pedí ninguna explicación —admite Bárbara—. Pero Alfredo, como en tantos otros momentos, se anticipó y me dejó muy tranquila. El es extremadamente comprensivo y creyó conveniente hablarme. Y la verdad, no nos importa para nada el SIDA."

tras crezca. Le tengo miedo a la sociedad; puede llegar a ser traumático para él si algún compañero de la escuela le dice: "¿Así que tu papá es travesti?" Sería terrible.

—Posiblemente sea una pregunta chapada a la antigua, pero ¿vos creés, Bárbara, que tu hogar con Alfredo va a ser parecido al de tus padres?

—Bueno, son otras épocas. No me importa mucho parecerme a mis padres, quiero ser yo...

—Por lo pronto, más que un matrimonio sería una cooperativa —define Alfredo—. Un día podría lavar los platos yo y ponerme el delantal, otro día me pondría pantalones; será divertido... Siempre habrá sorpresa.

Alfredo ya se aburría de los hombres

—Alfredo, ¿cuál fue tu primera relación?

—Fue con un hombre, con un adolescente. Ahí descubrí la verdad de mi sexo. Pero al poco tiempo me di cuenta de que tenía una terrible atracción hacia las mujeres. Y que también gozaba sexualmente con ellas. Me pregunté: ¿quién soy?, ¿el doctor Jekyll y Mister Hyde? Descubrí que era bisexual. En cierto modo, rescato de los hombres, de las parejas masculinas que tuve, el hecho de no ser tan posesivos o absorbentes, como las mujeres. De mi segunda pareja —en realidad, mi primera mujer— era más un rehén que un novio. ¡Qué infierno!

—Y en esta sociedad que, hasta ustedes admiten, está contaminada de prejuicios, ¿cómo te sentías caminando al lado de Alfredo, cuando se pone algunas de sus vestimentas exóticas?

—Lo más bien. Tuve dos novios antes, y ninguno de ellos me hizo sentir tan protegida como él. Es alto, buen mozo, tiene unos ojos que matan y unas piernas larguissimas, como me gustan a mí...

—Pero dale, Bárbara, decí la verdad: te casás conmigo porque también sé planchar como nadie, sé zurcir las medias, cocinar manjares y hasta te puedes poner mi ropa. ¿O no? —**TIBA**